



UN ESBOZO DE CRITICA DE LA CRITICA LITERARIA

JAIME LABASTIDA

La crítica literaria forma parte de un fenómeno cultural más amplio que, a su vez, está inmerso en una complejidad aún mayor. La crítica literaria se ejerce sobre un objeto: la literatura misma, y ambos forman parte de un proceso social que expresan y que, de un modo u otro, contribuyen a desarrollar. Repárese en esto: el objeto de la crítica literaria no siempre es algo dado de antemano; quiero decir, no sólo es la literatura objetivada y ya plasmada en obras, no sólo es un trabajo pretérito y coagulado: en ocasiones, fundamentalmente en el caso de los grandes críticos, se trata de una creación en el sentido riguroso del término, creación que implica por necesidad la generación de un objeto nuevo. Ejercicio específico de la crítica literaria: crear un nuevo gusto, revolucionar criterios estéticos, abrir el cauce a formas más completas de expresión. La crítica no es un oficio que mecánicamente persiga dar razón de las obras de los creadores; aunque ésta es una de sus funciones, no se limita a ella. La forma más alta de la crítica literaria es aquella que se ejerce en nombre de un nuevo credo estético, que el crítico mismo contribuye a crear en unidad indisoluble con los autores mismos: con ellos forma un todo.

El hecho de que la crítica (o lo que pasa por crítica) literaria en nuestro país sea otra cosa, que no crítica, obliga a que nos preguntemos en qué reside el que esta sociedad impida o, por lo menos, no propicie el ejercicio de la crítica aun en el terreno de la literatura. Desgraciadamente, en el campo de la cultura se refleja mucho de la podredumbre política oficial y de las estructuras mentales que nos traban. Infinidad de intelectuales hacen "carrera literaria" apoyados en un silencio cómplice. Muchos de los que hacen "carrera literaria" imitan a los arribistas políticos: se acercan a quienes detentan, si no el monopolio, por lo menos sí algunos de los órganos de resonancia de la cultura; aprenden, así, a entonar las alabanzas de determinados autores, a silenciar las críticas que contra ellos puedan enderezarse; por supuesto, no intentan someter a examen crítico la obra de algún autor que ocupe un alto puesto en el escalafón, llamémoslo así, de nuestra cultura.

Se trata de una crisis profunda que refleja, en el fondo, una crisis social más honda. *Slogans* y propaganda, elogios de proposiciones francamente comerciales sustituyen lo que debiera ser análisis, análisis basado en el examen profundo de textos, con apoyo en criterios teóricos que permitan una comprensión cabal de los problemas examinados. Además, en multitud de casos el sucedáneo de la verdadera crítica literaria es un *impresionismo* subjetivo, el gusto personal, notas individuales de lectura que no se apoyan en criterios de objetividad suficiente.

Generalmente, el acercamiento que a la literatura se intenta es un acercamiento torpe y grosero. No se practican ni el examen "intrínseco" ni el examen "extrínseco" de las obras literarias. Observaciones casuales sustituyen al análisis profundo. Ciertamente que la literatura es un fenómeno que mantiene su relativa autonomía

frente a las causas que lo generaron; cierto que el coágulo que es la obra no puede ser reducido a su causa, pero es conveniente advertir que el acercamiento "extrínseco" al fenómeno literario proporciona elementos de apreciación que pueden ayudar a iluminar de modo más cabal el objeto que se pretende analizar.

En México, el examen de las obras literarias fue, durante mucho tiempo, un análisis "extrínseco", religioso, a lo largo de la Colonia: la censura se apoyaba en criterios extraños a la literatura misma. Pero, fundamentalmente a fines del siglo XIX y en buena parte de éste, la crítica tuvo magníficos representantes en personas de sólida formación académica, que realizaron críticas fundamentalmente apoyadas en criterios formales. Problemas estilísticos, análisis de ritmos, metros, símbolos, metáforas, conexión de ciertas obras con la historia literaria de nuestro país y el establecimiento de coordenadas con literatura de otras naciones fueron brillantemente examinados por investigadores y críticos de primera línea: el dominicano Henríquez Ureña ejerció una labor aún no superada; pero también Reyes y Méndez Plancarte, también Garibay y Jiménez Rueda aportaron en distintos niveles, críticas válidas: quizá lo que deba reprochárseles sea, tan sólo, el que su crítica la hayan ejercido sobre la literatura pretérita, en lo fundamental, más que sobre la literatura viva.

Cabe, de este modo, que nos preguntemos por qué no hemos aún podido producir críticos de la talla de un Menéndez Pidal, de los Alonso, de Auerbach, de George Thomson. En México se ha perdido la tradición lingüística; consecuencia del positivismo fue la supresión de la enseñanza de las lenguas clásicas. Hay una crisis que se da en el terreno estrictamente lingüístico, aun más que en el literario. El lenguaje es la realidad inmediata del pensamiento; si manejamos de un modo corrosivo el lenguaje, aprenderemos a pensar. Si lenguaje y pensamiento se encuentran íntimamente enlazados, si nos expresamos en palabras, es necesario dominar el instrumento lingüístico que nos construye. La falta de dominio del lenguaje, en casi todos los niveles de nuestra sociedad, es uno de los más graves efectos de la crisis general de nuestra cultura. Y esta consecuencia parece haber sido deliberadamente perseguida por quienes han tenido en sus manos la organización de la enseñanza. En la secundaria y la preparatoria se ofrecen demasiadas cosas disfrazadas de mala ciencia; se llena al alumno de un exceso de conocimientos memorísticos que no puede asimilar; pero no se le dota de un método de pensar, sino que se le amputa, de un modo tan torpe y sistemático que da la impresión de ser conscientemente buscado, de su capacidad específicamente demoníaca: la del uso del instrumento de razonar.

Si el lenguaje es la realidad inmediata del pensamiento, como señala Hegel, todo cuanto contribuya a que lo conozcamos mejor, a que lo dominemos en vez de ser por él dominados, contribuirá a



hacernos libres, a que nos expresemos con independencia, audacia y libertad.

El hecho de que se desdeñe tan apasionadamente, desde la educación elemental hasta la universitaria, el manejo del idioma en que pensamos, contribuye a que la literatura y la crítica que sobre ella se practica no alcance en general un nivel elevado, aunque sí sea elevado el nivel que tienen individuos aislados, que han podido desarrollarse al margen y aun en oposición a ciertas tendencias, que son las generales. Se maneja sí, por algunos individuos de excepción el lenguaje; pero no es el conjunto del pueblo el que lo hace. Este asunto ya había sido bien visto por el sofista Protágoras que exigía una educación general para la ciudad.

Esto mismo también fue señalado por el gran autor de la *Enciclopedia*. "En los países protestantes —escribía Diderot por 1775, en un Plan de una Unversidad para el Gobierno de Rusia, hecho por encargo de Catalina II— no existe ningún pueblo, por pequeño que sea, que no tenga su maestro de escuela; y ningún aldeano, de cualquier clase que sea, que no sepa leer, escribir y un poco de contar." Claro, añadía Diderot, la nobleza reniega de esta situación porque "un campesino que sabe leer y escribir se oprime con más dificultad que otro más ignorante".

Desgraciadamente, estamos aún demasiado lejos de llegar en México a una situación como la descrita por Diderot con respecto a los países protestantes de hace dos siglos. De continuo nos

proponemos reformas y hasta "revoluciones" educativas, en todos los niveles, porque no hemos logrado todavía incorporar a las grandes masas de la población a la educación y a la cultura, y porque sigue en ellas dormido el principio de la creación intelectual en su más alto grado.

Si Diderot veía, con meridiana claridad, que la educación dada al campesino contribuía a que la nobleza pudiera explotarlo en menor grado, ¿no podríamos decir otro tanto de la situación actual? ¿Qué se enseña en nuestras escuelas? ¿Qué método se preconiza en ellas? Es obvio que, desde la primaria hasta la educación superior, en nuestras escuelas se procura, simplemente, *informar* al individuo, "enseñarle", *transmitirle* conocimientos; pero jamás se intenta *formarlo*, pertrecharlo de un método revolucionario de análisis, porque esto, de nueva cuenta, es peligroso. Es cierto que las clases dominantes han advertido que la educación contribuye al desarrollo de las fuerzas productivas, que los obreros y técnicos calificados sirven, mejor que los analfabetos, al sistema de producción; pero hasta cierto límite tan sólo. Rebasado éste, el obrero que no ha sido domesticado puede rebelarse, el estudiante que no ha sido corrompido, puede poner en duda lo que se le enseña y rechazar la programación a que ha sido sujeto. ¿Por qué ahora insistimos tanto en el aspecto crítico de la conciencia, en su capacidad para negar las situaciones prevaletientes? Porque, en definitiva, partimos del concepto antropológico de que el hombre es lucha, transformación, apertura, disposición al cambio. Nuestro lema favorito debiera ser la frase latina: *dudar de todo*. En ninguna otra se puede encontrar la misma decisión para la lucha. Y esto es lo que está ausente en la crítica literaria que en nuestro país se practica. Lo que sucede en las escuelas parece prolongarse más allá de ellas, hasta los fenómenos más elevados y complejos de la cultura.

Empero, no puede negarse que, en un determinado nivel, la crítica literaria existe y ha existido en México. Tampoco cabe duda de que en tiempos recientes se ha desarrollado una crítica literaria, académica, que tiene por objeto el examen, edición en algunos casos, valoración en muy pocos, de las obras de nuestros escritores (generalmente los ya fallecidos). Esta forma de crítica, ya ejercida por investigadores como Méndez Plancarte y Henríquez Ureña en el pasado inmediato, está ahora ligada directamente a instituciones que, como la Universidad Nacional en su Centro de Estudios Literarios y El Colegio de México, propician esta investigación. Sin embargo, no debemos confundir las cosas: se trata de actividades esencialmente diferentes. No es lo mismo la investigación literaria ocupada en la edición de obras (en muchos casos completas) de autores como Azuela y Sor Juana, Tablada y González Martínez, que la crítica y valoración de los mismos. Y, sobre todo, el fenómeno que ahora nos preocupa es el de determinar por qué no existe una crítica literaria comprometida



con el proceso de la creación literaria actual.

Es más: el hecho de que Alfonso Reyes, Méndez Plancarte o Henríquez Ureña hayan realizado en el pasado, con criterios estéticos que en la actualidad no son los nuestros, un examen (más o menos profundo según le caso) de ciertos autores mexicanos que podemos considerar "clásicos", no impide el que debamos emprender esta tarea ahora, de nueva cuenta. "Cada generación —señala T. S. Eliot— debe efectuar una valoración nueva de la poesía del pasado a la luz de sus contemporáneos y de sus predecesores inmediatos." Esta función de pensar nuevamente, de valorar una vez más aquello que esté vivo en los autores anteriores es una de las funciones de la crítica que más se han soslayado en nuestro país.

Pensar de nuevo a los autores que nos han precedido implica una valoración de su obra que permita su comprensión moderna; pero también su asimilación profunda, el hacerlos partícipes de nuestra renovación literaria. La asimilación creadora, por ejemplo, de la poesía de Sor Juana, gracias a las ediciones de Méndez Plancarte; la influencia que ya ejerce la poesía náhuatl gracias a las traducciones de Garibay, muestran el tipo de problema que pretendemos ventilar.

Pero, aun cuando se necesiten, por supuesto, ediciones científicas de nuestros principales escritores, ello no es más que una parte, ciertamente importante, pero sólo una parte de la función de la

investigación y la crítica literarias. La verdadera crítica entraña valoración y no sólo mostración de obras determinadas. Es verdad que la sola edición de un poeta contribuye en definitiva a consolidar o, por el contrario, a destruir el prestigio de que gozaba. Por ejemplo, la gloria de Tablada ha sido verdaderamente efímera: juzgado adecuadamente por sus contemporáneos, criticado justamente por los investigadores, fue momentáneamente revivido por Octavio Paz ("Prólogo" a *Poesía en movimiento*). La reciente edición de sus *Obras Completas* (Tomo I, 1971, UNAM) lo ha vuelto a poner en el verdadero lugar que le corresponde en la historia literaria de nuestro país. Esta edición, necesaria como lo es, ha terminado por matar a Tablada; ha permitido que se contemple en su aterradora pobreza el conjunto poético de un hombre preocupado en exceso por trivialidades y juegos pirotécnicos, más que por la creación poética fundamental. Aportaciones externas e intrascendentes caracterizan a Tablada.

Ahora bien, si existe una crítica literaria en este nivel (el de la investigación de autores pretéritos), pese a sus limitaciones, no podemos decir que exista en otros niveles. El crítico mexicano tiene que dedicarse a otros menesteres. El carácter profesional de su obra no se reconoce y, además, no se recompensa: ni económica ni socialmente. La única vía que posee para salvaguardar su existencia es la de vivir dedicado a otros asuntos y ocasionalmente utilizar las páginas cedidas por alguna publicación para, en ella, decir lo que piensa (si la publicación se lo permite, si los que la hacen no están comprometidos, de algún modo, con el autor criticado).

Pero, además, lo que prolifera es el juicio barato y ciego que intenta disfrazarse de crítica: el enunciado "definitivo", la condena de una obra sin ulterior examen. De la misma manera que se endiosa, por motivos no siempre honestos, a un determinado autor, se intenta hundir a otros. Los prestigios literarios van y vienen, comercialmente hablando, gracias a los despliegues publicitarios que se hacen en las cajas de resonancia de la cultura. Y, adviértase bien, no siempre fenómeno tal está ligado a los intereses directos de las compañías editoriales que, generalmente, no están interesadas en el manejo masivo de la publicidad o carecen de recursos suficientes para hacerlo. En cambio, los autores mismos y sus respectivos amigos pueden, si lo desean y cuentan con los medios para hacerlo, fabricar un "poeta genial" en poco tiempo, un "novelista extraordinario" en semanas.

El verdadero problema quizá resida en otro lugar. El crítico es un autor especializado, un creador en cierto modo. Y el crítico del más alto nivel ejerce una perdurable influencia no sólo sobre el público que lo lee. Lo que es más importante: puede contribuir a la obra de los mismos creadores. Puede influir en la generación de una corriente literaria completa, y éste es el caso de los grandes críticos.

La relación entre público, creador y crítico es compleja. En otras situaciones, cuando la función crítica la ejercía de manera directa el público, el diálogo entre éste y el autor determinaba el juicio.

En nuestra época, la época de la venalidad universal, la época en que todo ha sido llevado al mercado para ser tasado en un precio, la actividad crítica tiene también un precio. Las recompensas económicas a los escritores en tanto que tales, y la profesión misma de escritor, desligado de los marcos y las exigencias corporativas, pese a que tiene antecedentes significativos en el Renacimiento, en un Petrarca por ejemplo, sólo se da plenamente en el siglo XIX. La historia de la literatura occidental, del Renacimiento para acá, "es la transición del apoyo prestado por protectores, nobles o no, al prestado por editores que actúan de intérpretes del público lector", señalan Wellek y Warren (*Teoría literaria*, Gredos, Madrid, p. 118). El nacimiento de revistas especializadas, la exigencia del público (o los públicos) obligan a la aparición de críticos que funcionan como importantes intermediarios. No se trata, por supuesto, de que el autor o el crítico obedezcan pasivamente las instrucciones del público al que se dirigen. Por el contrario, y esto es cada vez más evidente en la moderna literatura occidental, el autor y el crítico generan un público que tiene que aprender a gustar de lo nuevo, que ellos crean: todo escritor nuevo, todo escritor revolucionario ha de crear, al mismo tiempo que su obra, el público que sea capaz de apreciarla. En tal contexto, el crítico juega un papel de primera magnitud. Toda palabra, lo sepamos o no, ha escrito Merleau-Ponty, es una palabra dirigida a alguien. El autor que ahora no conoce directamente a su público, el escritor que se dirige a un lector hipotético, tiene en mente, por decirlo así, un lector ideal, que considera el necesario y al que dirige su obra. Para él escribe, lo sepa o no. El crítico contribuye a moldear ese público, a hacer aceptable la obra de un determinado autor, a preparar el terreno sobre el que un autor determinado avanza.

La crítica, así, puede ser la expresión de una corriente literaria que conjugue las aspiraciones revolucionarias de un grupo nuevo y que contribuya a romper las trabas mentales, los prejuicios existentes en el público lector. Uno de los aspectos más importantes de su labor es suprimir obstáculos, abrir cauces a las nuevas corrientes de expresión. Valorar la nueva literatura; pero valorar también la antigua literatura desde el punto de vista de los requerimientos de esta nueva literatura es la función de la crítica más audaz.

En México, los ejemplos de esta simbiosis entre creador y crítico son elocuentes: en algunos casos son inseparables de la persona; en otros, se dan estrechamente unidos en un grupo. Gutiérrez Nájera fue, al propio tiempo, el creador y el crítico, el que exigió un nuevo gusto por su literatura, el que rompió los



moldes de la poesía tradicional y abrió el terreno a la renovación; pero no sólo con su obra poética, también con su obra crítica y con su labor de difusión de la nueva literatura. La *Revista Moderna* continuó esa labor y los miembros del Ateneo desarrollaron su propio credo estético: la obra de Torri, como crítico, es inseparable de su obra como cuentista; la obra de Reyes y Henríquez Ureña ejerció gran influencia sobre los mejores escritores de su generación. Es la especial manera de captar determinadas relaciones incluso verbales, lo que genera una corriente literaria. Dentro del mal llamado "grupo" de *Contemporáneos* se desarrolló también una especial estética; es cierto que estaban más o menos separados por sus respectivos credos personales, pero no es menos cierto que quisieron hacer una poesía enfrentada al fácil "maquinismo", "modernismo" y "vanguardismo" de los estridentistas. Cuesta y Villaurrutia, Ortiz de Montellano y Torres Bodet ejercieron influencia los unos sobre los otros, contribuyeron a crear un determinado gusto literario, a escribir incluso conforme a ese nuevo canon poético.

Ahora la situación es distinta. Fuera de Octavio Paz, cuyas opiniones sobre literatura han ejercido una vasta influencia ligada a su propio prestigio de poeta, no existe la necesaria simbiosis entre creador y crítico. No quiero decir que la posición de Paz sea, en cuanto contenido, aceptable; al contrario, debe ser combatida, ha generado una corriente irracional, en últimas fechas vacía, caduca,

huera. Pero no es menos cierto que muchos jóvenes comparten con él el irracionalismo que lo caracteriza.

Hacen falta, definitivamente, críticos que sean capaces de valorar la obra nueva; es más, que contribuyan a crearla, que influyan en los creadores o que los creadores mismos sean críticos. Los ejemplos de Goethe y los de Schlegel, de T. S. Eliot y la "lost generation" acuden por necesidad a la memoria.

Pero quizá el problema tenga aún raíces más profundas. No se trata de achacar la causa de todos los problemas a la estructura económica y social del país, pero en este caso es evidente que hay una causa implícita en el sistema. De la escuela primaria a la universidad se tiende a matar el libre desarrollo de la conciencia crítica; se busca que el estudiante, en general, obtenga una *información*, pero no se le da una sólida formación, no se le permite salir de las aulas con una mentalidad propia, independiente y libre. La educación al uso concibe al estudiante como un ser pasivo que recibe instrucción y no se ve en él al ser activo que debe empezar por poner en duda cuanto se le pretenda "transmitir".

Esto, que aparentemente es una digresión que no viene al caso, reviste a mi juicio una importancia decisiva. Lo que sucede en el terreno educativo sucede también en otras esferas de la vida nacional. Todo ello se refleja en la no existencia de la crítica literaria en nuestro país. En muchos casos irrita, en verdad, la falta de honestidad, la ausencia de la verdadera actitud intelectual, que es autocrítica. Mientras ciertas revistas se dediquen a ensalzar acríticamente un círculo estrecho de amigos, mientras sustituyan el análisis, la polémica, la discusión racional por el panegírico, no podrá desarrollarse la crítica. Romper tales estructuras mentales no es fácil. Quienes ejercen la crítica literaria saben que están expuestos también a la crítica. Y en muchos casos, en actitud oportunista, se autocensuran y autolimitan. Dos escritores me dijeron en ocasiones distintas que deliberadamente no habían externado su verdadera opinión al criticar dos libros de autores de prestigio: uno elogió un libro de Isidro Fabela a sabiendas de que era malo; el otro elogió *La feria* de Juan José Arreola, pese a que en lo personal le disgustaba. A ambos reproché su actitud, pero me dijeron que no querían crearse problemas. O sea, que se entiende, obviamente que la crítica literaria es crítica *ad hominem*, cuando en rigor debiera ser crítica objetiva, que no fuera enturbiada (ni para bien ni para mal) por la personalidad del criticado.

Quisiera terminar este breve esbozo de crítica a la crítica literaria reseñando un hecho que está en directa oposición a lo que he criticado. En un libro que se dedica al examen de ciertos parajes de las cordilleras americanas, lo mismo que de códices prehispánicos y otros aspectos de la cultura precolombina, y que lleva por título *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, Alejandro de Humboldt da muestras de la



audacia y el valor intelectuales que deben caracterizar a todo servidor de la cultura. Humboldt dedica el libro a Ennius Quirinus Visconti. Este le agradece la dedicatoria enviándole una carta crítica en la que, al mismo tiempo que reconoce aquellos puntos en los que el sabio alemán, hace a su juicio, aportaciones decisivas, no para mientes en señalar sus errores. Bello ejemplo de honestidad intelectual el de los dos amigos: uno, Visconti, hubiera podido agradecer el elogio, es decir, la dedicatoria del libro, quedándose callado ante aquello que no estaba de acuerdo con su criterio; pero no lo hizo, y qué bien. El otro, Humboldt, hubiera podido silenciar la crítica del amigo, pero tampoco lo hizo, al contrario, publicó, al final del volumen y con grandes muestras de respeto, la carta de Visconti.

Esta actitud, tan apartada de la servidumbre cortesana, es la que debiera ser nuestra norma intelectual. Desgraciadamente, en México estos casos no sólo son "poco frecuentes", sino inexistentes. Si esto hubiera sucedido con algún intelectual mexicano, habría interpretado a la crítica de Visconti como una manifestación de "descortesía", "desprecio" o "malagradecimiento", cuando en verdad no es otra cosa que la mejor manera de hacer patente el verdadero aprecio por la obra del compañero. La crítica en México, ¿podrá algún día adoptar una actitud en la que la amistad no ciegue, en que la pasión no enturbie el juicio, ni siquiera al juzgar a los enemigos?